

editorial



Ni la cultura está enferma ni la enfermedad puede con ella

“Con mucho, lo más terrible de toda la enfermedad era el abatimiento que se apoderaba de uno cuando se daba cuenta de que había contraído el mal, porque entregando al punto su espíritu a la desesperación, se abandonaban por completo sin intentar resistir”. Con esta frase describe Tucídides uno de los nocivos efectos de la peste que asoló la ciudad de Atenas en el 429 a. C. y que inició su decadencia. Ya entonces las secuelas psicológicas sobre el ánimo de la gente no eran menos intensas que los estragos físicos de las epidemias. Por fortuna, nuestros conocimientos actuales nos hacen menos frágiles aunque no inmunes, como hemos podido comprobar en la pandemia que nos ha azotado durante el año 2020.

Una epidemia mundial que, además de atacar la vida de las personas, también ha quebrado economías y sociedades. ¿Y la cultura? ¿Qué ha sido del sector cultural? Obviamente, no ha escapado de sus efectos. De hecho, su debilidad como sector ha subrayado aún más su vulnerabilidad. Tanto el confinamiento como las medidas restrictivas han supuesto un serio impacto sobre los procesos de producción, distribución y consumo cultural en toda Europa. Sin embargo lo que sí nos hace excepcionales respecto a otros grandes países de la Unión Europea es la débil situación de partida de nuestro sector, peor regulado y menos integrado en el estado del bienestar que en las naciones europeas de referencia.

Apenas salíamos de la anterior crisis económica de 2008 cuando nos topamos de repente con esta cruda realidad. Durante estos últimos años de austeridad, la cultura ha sobrevivido gracias sobre todo a dos elementos. Primero, la capacidad de resiliencia del sector, quizás un mecanismo darwiniano de adaptación a un entorno casi siempre hostil. Y en segundo lugar, al esfuerzo de las administraciones locales por mantener presupuestos y servicios mientras el Estado y las comunidades autónomas pasaban a modo hibernación. Y cuando parecía que véamos la luz al final del túnel, llegó el golpe del covid-19 con sus secuelas.

Lo cierto es que se tiene la sensación de que vivimos en una crisis que se superpone a otra anterior. Esta situación

actual ha subrayado un conjunto de controvertidas cuestiones que el mundo de la cultura arrastra desde hace tiempo. En primer lugar, la precariedad laboral de la mayoría de creadores y trabajadores de la cultura. Se alumbraban esperanzas tras las conclusiones del dictamen parlamentario de 2018 sobre el denominado Estatuto del Artista que, tras un amplio consenso político, señalaba el camino de necesarias reformas. Pero la pandemia parece que va a seguir retrasando la puesta al día de normativas fiscales y laborales.

Otro aspecto que la crisis ha puesto sobre la mesa es la debilidad estructural del sector, sustentado en pequeñas empresas, la mayoría unipersonales, que viven al día y con grandes esfuerzos. Un corto nivel de alianzas estratégicas y, salvo excepciones como el sector del libro, con escasa internacionalización. Las carencias en los procesos de digitalización y la ausencia de sólidas políticas de creación de públicos también afloran en esta baja estructuración. Estas lagunas se suman a la ausencia de un marco normativo general con rango de ley y con vocación de legitimador en el ámbito de los derechos culturales de la ciudadanía, que recopile, defina, proteja y promueva lo que nuestra Constitución señala: que la cultura es un bien esencial de la sociedad al que todos y todas tienen derecho. Se podrían añadir otros debates pero los reseñados son esenciales. Y no son pocos ni leves.

Pero las crisis también abren las puertas a la oportunidad. Además de la ya citada capacidad de resiliencia del sector cultural, de su gran valor como aporte no solo económico, sino también moral y pedagógico, hemos de destacar la siempre anhelada unidad del sector cultural y creativo. Durante esta crisis hemos podido comprobar cómo las asociaciones profesionales se han articulado en la reivindicación y en la propuesta. Un proceso quizás inevitable pero que se veía lejano antes de la crisis. En cualquier caso, bienvenido sea.

Aunque queda aún bastante camino para salir de esta situación, no cabe dejarse llevar ahora por el abatimiento. Hemos avanzado mucho para dejarnos vencer. Así que resistiremos.